

ROXANA O.

FRESH

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del editor.

Fresh

© 2019, Roxana O.

Diseño de portada: Departamento de diseño de Editorial Planeta Perú.

Fotografía: Paula Valeria Cáceres Cornejo

Modelo: Ximena López Bustamante

Diseño de interiores: B.Mad

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Bajo su sello editorial Destino

Av. Juan de Aliaga 427, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: Marzo 2019

Tiraje: 1,000 ejemplares

ISBN: 978-612-4249-25-9

Registro de Proyecto Editorial: 31501201900009

Hecho en el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-00207

Impreso en: Cecosami S.A.

Calle 3 Mz. E Lote 11 - Urb. Santa Raquel, Ate Vitarte, Lima 3 - Perú

Lima - Perú, Mayo 2019

VIERNES 30 DE JUNIO

Ayer cumplí 18, así que decidí empezar a escribir un diario íntimo. ¡Este! La verdad es que no sé bien por qué, si los diarios son cosas de adolescentes, y yo ya soy mayor de edad —¡por fin!—. Tal vez sea porque nunca lo había hecho y siento que necesito sacar muchas cosas, desahogarme de un montón de historias personales que llevo dentro. Con mamá y papá la relación está tensa, y con Cris no puedo contar, porque mi hermana mayor es una abducida por el «New bourgeois way of life». Es la huevona obediente y pura que dice sí a todo lo que le ordenan mis papás, y me caga con ellos siempre que le confío alguna cuestión íntima. De hecho, ella es todo lo que no quiero ser: ni abogada para seguir la tradición familiar, ni prometida a los 19 y casada a los 21, ni mujer responsable y con hijos a los 25... ¡Yo quiero seguir siendo libre a esa edad! Ok, también me gustaría ser periodista, si los estudios en la Cato van bien. Pero una periodista libre, sin intereses creados. ¿Existirá alguno así? Si no, yo seré la primera.

Así que he decidido ser tradicional solamente en este caso concreto: el de usar este diario como una especie de confesionario, donde no omitiré nada de lo que me suceda y sienta durante estos meses. Un diario en donde Cris y papá y mamá no puedan meter nunca sus narices y ponerse a criticar y censurar todo lo que hago. ¡Y si supieran lo que voy a hacer mañana!

Porque mañana es 1 de julio y se va a celebrar la marcha por el Día del Orgullo Gay. Y a que no sabes: Tati me ha invitado a ir... y yo he aceptado.

Sé que es un poco riesgoso, porque intuyo que ella está enamorada de mí. Total, por unos besitos que nos dimos en el Valetodo. Ok, a mí también me gustaron, se sintió rico, aunque estoy casi completamente segura de que soy hetero. Pero con tanta amistad homosexual alrededor me va a ser cada día más difícil de comprobar, je, je... En realidad, me encanta probar, ¡y Tati es tan buena besando! Claro, y tocando también...

Tati, además de ser mi mejor amiga y una loca de mierda, está estudiando Psicología, concretamente quiere ser sexóloga, y se pasa los días ahorrando para comprar juguetes sexuales que comenta en su propia web, porque dice que, si no los prueba, ¡cómo va a enseñar de sexualidad! O sea que no se conforma con el plano teórico (buena excusa). Bueno, pues ha ido a esa cadena de *sex shops* nueva que hay en Lima y se ha entrevistado con los propietarios, que son una pareja venezolana que se ha venido corriendo de allá (¡dice Tati que adoran Lima porque la encuentran muy segura! ¡Cómo debe ser Caracas...!), y los ha convencido de que le presten un modernísimo vibrador con control remoto para recomendarlo en su blog. A estas alturas ya habrás adivinado, querido diario, que Tati es la famosa Lady P., la misteriosa divulgadora sexual de 20 años que está escandalizando a toda Lima con su defensa del placer libre. Por cierto, lo de P. no es por lo que te imaginas. Ella asegura que es la inicial de *pleasure*. Sí, claro, ¡a otra perra con ese hueso! Lo que sí te puedo asegurar es que, provenga de *pleasure* o de otra palabrita más cotidiana, ¡Tati es recontrapé!

Pues lo que me ha propuesto Tati se pasa de pendejo, pero confieso que me encanta: no solo vamos a ir a marchar en apoyo de la comunidad LGTBI, sino que, además, vamos a divertirnos mucho.

¿Cómo? Pues me ha convencido de que lleve inserto ESE vibrador a control remoto que acaba de llegar de Estados Unidos, y se dice que es el último grito. O mejor dicho, el último gemido... Ella lo manejará a través de un app en su celular y activará el vibrador cuando lo desee para darme un gustito en medio de la marcha o donde le apetezca. Es un riesgo, lo sé, pero precisamente eso es lo que me calienta...

Así que mañana la vamos a pasar, literalmente, muy, muy paja. Solo espero que no se nos vaya de las manos todo este jueguito...

Sé que Tati está medio loca, pero si no me divierto ahora que acabo de cumplir 18..., ¡¿cuándo?! Prefiero pasarlo bien ahora que ya soy mayor de edad, a tratar de hacerlo cuando sea DEMASIADO mayor de edad...

SÁBADO 1 DE JULIO

Ha pasado algo terrible. Terrible.

Jamás imaginé que algo así pudiera ocurrir. Al menos, no a mí. Estoy muerta de miedo. Tal vez pronto esté solo muerta.

Ojalá se tratase de una pesadilla y, al finalizar este recuento de situaciones extrañas, descubriese que he estado soñando despierta. Pero no, sé que ha sido real. Querido diario, amado diario, mi diario confidente, espero que me puedas dar confianza y entiendas por lo que estoy pasando. Espero que me hagas perder el terror que siento ahora. Mi lapicero tiembla mientras escribo. Y si sigo mordiendo la punta, sé que lo voy a quebrar.

¿Por qué se fue al diablo un día que se anunciaba lindo y emocionante?

La concentración para la marcha estaba convocada para las tres de la tarde en el Campo de Marte. Tati y yo nos juntamos en la entrada de Salaverry, junto con los demás, y las dos nos fuimos un rato con el pretexto de dar una vuelta para ver qué famos@s encontrábamos figureteando por ahí, ahorita que ya es *cool* apoyar la unión civil. Llegamos al parque Washington, donde también se reunían algunos activistas de la causa y, como tengo carné de su biblioteca, se nos ocurrió pedir permiso para entrar en el

Centro Cultural de España. Allí tienen un baño público decentito y limpio, y un sábado por la tarde casi no hay gente. Así que Tati y yo nos metimos en el primer cubículo. Me bajé las pantis y el calzón; ella sacó el vibrador de su mochila. Era un aparatito muy bonito, una especie de pinza doblada y flexible forrada de plástico rosado y suave, muy rico al tacto. Según me explicó Tati, el extremo corto de la pinza se ocupa de frotar el clítoris y el otro roza el punto G. ¡¿Pero el punto G existe?! No tenía la menor idea hasta ese momento.

Tati disfrutó ayudándome a insertar el vibrador. Yo me había rasurado anoche para tener la mayor sensibilidad posible, pero me dio un poquito de nervios meterme ese aparato de golpe. Así que Tati se arrodilló y me ayudó con los dedos. La verdad es que mirar sus uñas, con un esmalte casi del mismo color que el vibrador, y sentir sus yemas toqueteando mis labios íntimos me puso un poco. Pero no permití que me metiera los dedos. Tanto no.

Con eso bastó para lubricarme un tantito y que el vibrador entrara con facilidad. Se deslizó y amoldó bien a mi vagina, que no es muy grande (¡todavía!). Luego ella probó la aplicación allí mismo: se sentó sobre la taza y puso en marcha el mecanismo, mientras me miraba y con su mano libre se acariciaba la bragueta del jean. Pulsó la vibración en modo «oleada» y sentí tal movimiento sensual y tan abruptamente que solté un grito agudo de sorpresa. Me incliné sobre mí misma, tratando de sofocar contra la puerta del baño el aluvión de placer que me obligaba a gemir, mientras el portero del centro preguntaba en voz alta si estábamos bien. «Muy bien», contestó Tati sentada, frotándose a gusto y riendo con los ojos brillantes y pícaros detrás de los lentes.

Le pedí, le rogué que aflojara el control, y pude al fin respirar tranquila. Estaba sudando. Guau, era más efectivo de lo que creía...

Luego nos mojamos la nuca y salimos del baño sonrientes y lozanas. Sé que el portero miraba con sospecha lo que traíamos

entre manos —y entre piernas—, pero obviamente no podía acusarnos de nada ni adivinar cuál era la travesura exacta. Nos fuimos entre carcajadas.

De vuelta en el Campo de Marte, convinimos que Tati se alejara y perdiera de mi vista para que el placer me asaltara cuando menos lo esperase. Así que me dio un beso en los labios y desapareció.

Me uní a un grupo de amigos de la facultad que acababa de llegar. Erick era el más radical de todos, pero también el más divertido. A sus 19 se creía comunista, pero, por lo que sé del comunismo, lo hubieran fusilado si llegaban a descubrir a esa marica mala en sus filas. Ángela y Luisa eran dos amigos que se habían conocido y enamorado en la facultad de Comunicaciones: las dos querían especializarse en prensa escrita; me admiraba que la tuvieran tan clara, cuando yo no sabía todavía si prefería prensa, radio o televisión. ¡O incluso hacer cine!

La marcha comenzó a las 4:30 p. m., y Erick tomó enseguida el liderazgo de nuestro grupo en el avance hacia la plaza de Armas. Empezó a gritar «¡En esa ventana hay una lesbiana!» y «¡En ese balcón hay un maricón!» con tremendo desparpajo. A cada momento me imaginaba que de algún edificio saldría un viejo enclosetado aferrando una pistola y nos echaría a tiros; pero, en general, la gente asomada sonreía y se tomaba las consignas con mucho humor, otros incluso bailaban y se sumaban a nuestra causa con un meneo de cintura y una sonrisita cómplice. Al parecer, los lemas eran ciertos en muchos casos...

¡Erick era lo máximo! Había memorizado coreografías de *RuPaul's Drag Race* y las replicaba delante de todos, encabezando nuestro grupo en la manifestación. Todos los viandantes se paraban a fotografiarlo. Y los demás lo seguíamos, imitándolo como podíamos en sus decididos pasos de baile. Yo empecé a seguirle el ritmo justo a un metro de él, feliz de poder bailar y celebrar junto a personas tan puras, valientes y sinceras.

Súbitamente, en uno de los saltitos hacia atrás, sentí el esperado y temido golpetazo de placer dentro de mí. Tati había encendido el vibrador, que empezó a pulsar como loco entre mis paredes íntimas. Solté otro gritito agudo en el aire que todos tomaron por un aullido de alegría. Me fui a un lado y me doblé hacia adelante con las manos posadas en las caderas, como si aprovechara para recuperar el aire; cuando, en verdad, lo que hacía era reprimir con la vagina apretada el placer que allí me nacía y que subía y bajaba por todo mi cuerpo, aligerándome el estómago y haciendo temblar mis piernas. Empecé a sudar pese al cielo cubierto. Me concentré en la textura granulosa del concreto, del que perdía foco y lo recuperaba conforme las olas de placer llegaban y se retiraban. Me sentí muy mojada y me asustó que mis amigos pudieran ver la humedad en mi entrepierna. Pero ellos sonreían pensando que estaba cansada y siguieron avanzando por la avenida.

La vibración se incrementó y tuve que juntar mucho los muslos. El roce mecánico del bracito afelpado sobre mi clítoris me estaba llevando a un orgasmo sin poder evitarlo, como esos primeros, casi olvidados, que sobrevienen imprevistos cuando eres niña al trepar las cuerdas de nudos en la clase de Educación Física. Apreté los labios y ahogué un gemido, junté las rodillas, las rótulas me dolían al chocar entre sí; me concentré en mis Nike, pensando que debía comprar otras nuevas en cuanto ahorrara..., pero el placer no cedía.

¡Me arrasaba por dentro!

—Oye, ¿qué haces? —me preguntó un fotógrafo que estaba cubriendo el evento—. ¿Te estás orinando? Allí tienes un baño portátil.

Me señaló uno a cinco metros. Fui renqueando hacia él y, en cuanto la puerta se abrió, me metí por delante de toda la fila y trabé el pestillo a pesar de los insultos y manotadas que recibió el cubículo. Una ácida vaharada de orines me sacudió la nariz, pero aun así buceé con la mano entre mis calzones, mi dedo medio

rozó mi clítoris reluciente y mojado: apenas lo friccioné, me vine, desmoronándome sobre la pared de plástico, como si me arrastrara un aluvión proveniente de una represa que se abriera de golpe. El orgasmo me dejó temblando como una loca, rebotando ruidosamente como si alguien me estuviera sacudiendo de los hombros y los pies al mismo tiempo. No reprimí mis gemidos esta vez; así que cuando acabó mi clímax y el sismo de mi cuerpo remitió, no me sorprendió que el aparato también dejase de vibrar, conocedor de mis evoluciones. Tati debía estar afuera, cagándose de la risa mientras los demás en la cola se preguntaban cómo podría disfrutar tanto una chica haciendo sus necesidades.

Pensé si debía quitarme el vibrador y acabar con el asunto, pero el reto consistía en mantenerlo dentro de mí durante toda la marcha. Me había prometido que Tati no podría conmigo, aunque en esos momentos empecé a dudar de mi capacidad de resistencia a tanta ricura. Mi cuerpo todavía se estremecía como si me hubieran enviado calata a la luna.

Por suerte, allí dentro había un rollo industrial de papel higiénico. Me limpié los jugos de mi intimidad, me subí los calzones y aproveché para quitarme el sostén que me apretaba y hacía sudar demasiado. Mis pechos quedaron sueltos bajo la blusa hippy. Lo guardé en mi cartera y salí del baño.

En ese momento, todos me miraron como si en el interior de ese Disal maloliente hubiera viajado a un universo edénico y descubierto un paraíso sensual... Tanto así que varios en la cola se pusieron a discutir para decidir a quién de ellos le tocaba entrar primero.

Busqué a Tati con la mirada. Me pareció ver una sonrisa sarcástica y pícara flotando entre los demás ojos que me observaban con extrañeza. Un par de ellos sí sabía exactamente lo que me pasaba.

Sin embargo, el vibrador no volvió a activarse en todo el resto de la marcha. Tati debía haberse cansado del juego o, conociéndola, se

habría entusiasmado con los incidentes de la caminata por el Centro de Lima o con alguna chica que hubiera conocido durante el trayecto. Tati es una chica bastante voluble.

Mejor, yo ya me sentía exhausta y sudada, casi sucia, y no me apetecía seguir jugando a disimular los accesos del deleite. En la plaza de Armas, volví a sumarme a Erick y los demás: saltamos, gritamos y aplaudimos los discursos proigualdad, pero la energía me había abandonado el cuerpo, como evaporada por el sol o como si se me hubiese escurrido piernas abajo con ese orgasmo interminable en el baño portátil.

Así que, en cuanto pude, me despedí de todos y subí en un bus de vuelta a San Felipe. No quería llegar muy tarde a casa para no dar pretexto a otra bronca con mis papás. Durante el trayecto le escribí a Tati, pero no me respondió. Seguro ya estaba ebria, saltando y bailando en la fiesta posmarcha.

Justo cuando el bus enfilaba Salaverry, el vibrador volvió a activarse. Esta vez su temblor era de baja intensidad, así que nadie se dio cuenta de mi sorpresa ni solté ningún gritito delator. Me sorprendió que Tati se acordara de encenderlo en ese momento... ¿Estaría todavía en la plaza, pulsando el control al azar solo para molestarme, o me estaría espiando desde otro vehículo? Pensé en extraer el aparato allí mismo, nadie tenía por qué darse cuenta de que metía la mano en mis calzones, pero entonces alguien se sentó a mi lado y tuve que disimular.

No miré a la persona, solo sabía que no se trataba de Tati. Me quedé inmóvil, mirando la parte baja del respaldo frente a mí, como si estuviera profundamente concentrada en mis pensamientos. Grave error: debí haberme bajado y seguir a pie hasta que el vibrador se detuviera, o meterme en un McDonald's y sacármelo de una vez por todas en el baño. Pero no me atreví. Una película de sudor empezó a empaparme la piel, aquel tembleque insistente del vibrador iba desarrollando una acumulación interior de goce que amenazaba con

estallar como un auténtico tsunami o una bola de nieve en avalancha, solo que más parecía de fuego.

Aventuré una mirada al costado: mi compañero de asiento era un chico joven, el pelo lacio y rubio, con camisa blanca y una gorra del Regatas que ocultaba sus ojos. Estaba muy concentrado en su propio celular; no había peligro de que notara en mí nada raro, por el momento, pensé.

No quería dar un espectáculo, así que decidí levantarme en el primer semáforo en rojo para bajar del bus. Justo cuando me paré y me disponía a pedir permiso al muchacho de la gorra para que me dejase salir al pasillo, el vibrador triplicó la potencia de su sacudida y un escalofrío ardiente me subió desde la ingle hasta la mismísima garganta, pujando por salir en forma de un alarido orgásmico.

—¡Ah! —suspiré, apenas conteniendo mi placentera angustia, agarrada al borde del asiento de adelante.

—Siéntate —musitó la figura a mi lado.

Le obedecí y, solamente unos segundos después, me di cuenta de que no lo había dicho porque le pareciera que estuviese indisputada, que me hubiera mareado y necesitara reponerme unos segundos. Entonces reparé en lo que ese chico miraba tan atentamente en la pantalla de su celular.

¡¡¡Era la aplicación del vibrador, y ese celular era el de Tatiana!!!

Como si el tipo hubiera adivinado mi espanto, ladeó el rostro hacia mí y por fin distinguí sus ojos amarillos de coyote mirándome fijamente, sonrientes y ladinos.

Lo peor de todo es que era guapo.

—Supongo que te preguntarás qué hace el celular de tu amiga en mis manos y qué hago manipulando ese juguete que todavía tienes, si no deduzco mal, entre tus lindas piernas...

Su mandíbula era afilada y su mirada algo desquiciada, muy poco fiable. Parecía un niño bien, mirafiorino, con alguna gota *nikkei* en la sangre, y eso le insuflaba un cierto aire a villano de anime: elegante

pero con un toque de impunidad letal. Y esos ojos terribles que me desnudaban con jirones de sorna vistiendo sus pupilas claras...

—Tú no me conoces, Roxi —prosiguió él, implacable—, pero yo sí te conozco a ti. Digamos que tenemos algunas amistades en común... y llevo tiempo vigilándote sin que tú lo sepas. Hoy, por ejemplo, las he seguido a tu amiga y a ti durante todo este pasatiempo tan ingenioso que se les ha ocurrido...

—Tatiana... —susurré, pensando qué le podría haber sucedido. Para entonces, me había olvidado momentáneamente de la vibración en mis partes íntimas, aunque pude atisbar con horror que el puntero solamente había recorrido la mitad exacta del medidor de intensidad y se mantenía allí, amenazante en una vigilia pulsátil.

—Oh, no te preocupes —me tranquilizó él, con un sarcasmo repulsivo goteando de cada sílaba—. Tu amiga está bien. Puedo asegurarte que le arrebaté este pequeño tesoro sin violencia de por medio. Ahora yo tengo nada menos que el control de tu placer... y se podría decir que también es el de tu sufrimiento, ¿no es así?

Esto último lo dijo con una sonrisa amplia, como si le divirtiera muchísimo causarme dolor.

—Me lo voy a quitar.

—No... —me contradijo—. No, no lo vas a hacer —y, sin previo aviso, subió la intensidad de la vibración otro cuarto del espectro, haciéndome estremecer y temblar involuntariamente.

Comprimí los muslos como si fueran un muro de contención del placer progresivo que me acalabraba entera, y me acurruqué en la silla, pegada a la ventana, esquivando su mirada. Tal vez, si no le hacía caso, se cansara y se fuera. Pero noté su respiración zorruna en mi mejilla. Se había inclinado hacia mí y, no sé cómo, estoy segura de que otra vez sonreía el muy perro.

—Te voy a decir ahora lo que vas a hacer: NADA. Te vas a quedar ahí sentadita, disfrutando del aparatito, y vas a dejar que yo haga

todo lo demás. Y te preguntará, ¿a qué se refiere este sujeto que ha salido de ninguna parte? Observa y verás —entonces me aferró bruscamente del mentón y enderezó mi rostro, obligándome a mirar la parte delantera del bus—. Mira, ¡mira! ¿Ves a ese gordo que está manejando? Pues dentro de un minuto será un cadáver.

En ese momento lo miré a él, incapaz de entender lo que quería decir. Su sonrisa torcida me auguró lo peor.

—En efecto, el chofer va a morir dentro de un minuto —me confirmó—, y va a morir porque lo voy a matar yo. Y luego me voy a ir. ¿Y sabes por qué voy a asesinarlo?

Su aliento empapaba mi cara. No era un aliento fétido, como yo había imaginado siempre el de las personas malvadas. Era un aliento limpio, sugerente, sinuoso, que se conjugaba con el goce de mi vulva para conformar un cuadro de deseos abominables, aborrecibles... Aparté los pensamientos sexuales que pugnaban por invadir mi mente.

Me sentía avergonzada hasta lo más hondo de mi coño mojado.

—Estás... estás bromeando, ¿verdad?

—No, no bromeo. Pero quiero crear un vínculo entre nosotros. Quiero que nunca olvides mi cara ni lo que voy a hacer ahora. Quiero que tengas claro que soy capaz de cualquier cosa. Así, la próxima vez que nos veamos sabré que obedecerás en todo lo que yo te ordene, porque no querrás arriesgarte a que te suceda lo mismo que le va a pasar a este gordo cretino, ¿verdad? ¿Lo entiendes, bonita?

Lo dijo con tanto desenfado que no pude disimular el horror que ya debía transfigurar mis facciones, aliado con esa masa de placer puro que pronto se filtraría del reducto de mi sexo y contagiaría todas mis terminaciones nerviosas.

—No puedes... no puedes...

Sentí que estaba sollozando. Empecé a palpar con la mano mis calzones, a levantar el borde de la tela, decidida a terminar de una vez con aquella tortuosa calentura.

—Si te quitas el vibrador, te mato a ti también —y, como para confirmarlo, mostró una pistola que llevaba embutida en la pretina del pantalón, una automática de esas que aparecen en las series policiales, bien apretada contra su ingle. Parecía una broma cruel: yo tenía en la entrepierna un objeto de placer, y él, un objeto de muerte...

Sin más palabra, se levantó y se dirigió a la puerta delantera, con el frívolo temple y compostura de un *cowboy* vanidoso y vil. Apretó el botón de parada y, sin mirarlo, el chofer se aproximó al paradero. Ni siquiera le vi la cara al chofer. No sabía qué rasgos tenía, si su rostro era el de una buena persona o el de un individuo ruin.

Ya no se lo vería nunca.

Las puertas se abrieron con un suspiro de eyección y el muchacho de la camisa blanca y gorro se bajó. Justo cuando el chofer se disponía a cerrarlas y proseguir el viaje, el otro lo llamó. El lateral del bus me ocultaba su visión, pero aún le dio tiempo de inclinarse y asomar su rostro dentro del vehículo para mirarme con una sonrisa cruel. La misma que horas antes había adivinado sobrevolando en torno a mí durante la marcha...

Con la mano alzada sobre su cabeza me mostró el celular que todavía estaba manipulando... Luego se enderezó y volví a perderlo de vista: nadie más se había fijado en él, los demás pasajeros estaban dormidos o perdidos en sus preocupaciones privadas. Lo único que volvió a entrar en mi campo de visión fue su otro brazo: el que llevaba armado con la pistola.

Al mismo tiempo, la vibración en mí se intensificó hasta el extremo, mientras la mano que yo ya no veía de aquel monstruo aumentaba en el celular, hasta su tope, la capacidad vibrátil que permitía el control del juguete.

Me levanté en un arrebato de terror, placer y dolor para impedir aquel asesinato. Y, justo entonces, un orgasmo terrible me sacudió entera, mientras trataba de gritar que alguien detuviera el crimen que

estaba a punto de cometerse. Quise avisarle al chofer con un aullido de alarma, pero una bola ignífuga me arrasó por completo y solo pude agarrarme al asiento de adelante en medio del más increíble éxtasis de espasmos que dejaron mi cuerpo tiritando incontrolablemente, como el de una marioneta. Entretanto, dos amplios regueros de lágrimas corrían desde mis ojos, mientras luchaba por advertir a los demás de la terrible escena que se avecinaba... Y esta vez ni un jadeo surgió de mis labios, solamente me aferré al respaldo como si fuera un mástil y miles de mareas me arrastraran arriba y abajo, como si las sirenas de Homero me persuadieran de soltarme a punta de lamidas en la vulva. Aguanté el temporal de mil orgasmos concatenados y ni siquiera pude apartar la vista de la sinfonía de muerte que se nos venía encima...

Nadie entre los pasajeros se había fijado en aquel desconocido que impedía la marcha del bus. La mayoría me miraba a mí, intentando comprender a qué se debía esa catarata de temblores que me asaltaban desde hacía unos segundos. Sé que algunos hombres solo se fijaban en mis pechos rebotando debajo de la blusa liviana.

No había remedio: la tragedia siguió su rumbo.

El chofer miró, desconcertado, a aquel muchacho altanero que no se quitaba de la puerta. Como digo, no podía ver la cara del chofer. No la vi entonces y no la podré ver nunca... De pronto, un estampido resonó terrible en el vacío del bus y su cara estalló en un vendaval de sangre. El chofer cayó hacia la ventana opuesta, como si quisiera derribarla con un golpe de sien. Y ya no se movió más.

El brazo armado desapareció de inmediato, y todo el mundo gritó espantado.

De mi garganta brotó un rugido que era al mismo tiempo culminación de placer y convulsión de horror. Mi bramido superó en volumen y densidad a todos los otros.

Caí sobre el asiento y no recuerdo nada más.